

La Conferencia de Estados Petrolíferos Arabes en Kuwait el 25 de diciembre de 1973 y la terminación de la Conferencia Cumbre Islámica de Lahore, en febrero de 1974, fueron dos fechas que, a la vez, señalaron dos hitos característicos dentro de una etapa de máxima celebridad y máxima irradiación del Reino de Arabia Saudita; tanto respecto al Próximo Oriente como en escala mundial. Un país que (aparte su riqueza en petróleo) había venido quedando casi marginado en la actualidad internacional del referido Oriente, en relación con otros países de actividades más ruidosas y comentadas (tales como, por ejemplo, Egipto, el Iraq, Libia o Siria), ha pasado a desempeñar bajo varios aspectos un papel de protagonista. De este modo, el acicate de la actualidad en materias tan acuciantes como las del carburante y la solidaridad de los países de lengua árabe, ha servido para que, de rechazo, se ponga mayor atención en los valores de la organización y la continuidad del Estado Saudita o Saudita.

Muchas veces se había señalado anteriormente la paradoja de que el mayor país de toda la península de Arabia fuese muy famoso por sus valores históricos y muy poco conocido por sus aspectos actuales. Esto pasaba al menos en muchos sitios de Europa occidental, donde el nombre de «Arabia Saudita» solía evocar dos extremos que casi parecerían contradictorios. Uno de ellos se refería al papel de proveedor de carburantes, en lo cual aquella Arabia era considerada como una especie de satélite disimulado de los Estados Unidos, en vista de que la extracción y la venta de los crudos estaban en manos de un consorcio de empresas norteamericanas. Otras veces se pasaba al otro extremo, muy distinto y de simple pintoresquismo, en el que, observando las vestiduras flotantes y los blancos cubrecabezas de los gobernantes y los «notables» sauditas, se consideraba que su país venía a ser un fondo de películas fantásticas, con muchas palmeras, muchos camellos y otros aditamentos.

En realidad, ya se sabía que Arabia Saudí ocupa una posición central de encrucijada universal tan importante como las de Turquía, Persia o Egipto, pero se consideraba que por estar allí las ciudades sacras que son meta de las enormes peregrinaciones actuales del mundo musulmán, el gran reino saudita era una especie de «zona aparte», un rincón puesto al margen de la política internacional más dinámica y más tensa. Después de la breve guerra árabe-israelí de octubre del pasado año, la Arabia del rey Faisal pasó a un primer plano evidente. Sobre todo, por haber sido el principal impulsor de la llamada «guerra del petróleo», iniciada teóricamente contra Israel y sus amistades. (Aunque luego haya producido otros efectos inesperados y paradójicos o como el de los impactos indirectos sobre Europa.)

En realidad, políticamente la Arabia Saudí ya era un factor primordial de todo el sector Este del arabismo internacional; desde que después de la guerra de junio de 1967 pasó a sostener por medio de subvenciones la recuperación de los tres Estados que entonces sufrieron daños, es decir, Egipto, Siria y Jordania (además de otras ayudas a los núcleos palestinos). Después, y con motivo del aumento de las presiones de las grandes potencias sobre los dos sectores del mar Rojo y del golfo Arábigo (entre los cuales el territorio de Arabia queda encajado), el rey Faisal actuase como uno de los más activos portavoces de un predominio de los Estados locales tradicionales del Oriente arábigo-islámico sobre sus propios espacios comunes. Así ya desde 1972 comenzó a comprobarse que lo que se le llamaba «la mano del rey Faisal» era un factor positivo esencial respecto a todo esfuerzo positivo de consolidación regional en los países y territorios situados «al este de Suez».

La Conferencia «cumbre» de Estados Arabes en Argel desde el 24 de noviembre y la otra conferencia (económica), más reducida, de los países árabes petrolíferos en Kuwait el 25 de diciembre acentuaron rápidamente el papel saudí de sector adelantado o de vanguardia en lo arábigo internacional. En Argel, como es sabido, los patrocinadores principales fueron Egipto y Siria. Sin embargo, Arabia Saudita destacó allí su gran repertorio de posibilidades. Puesto que la «cumbre» argelina tuvo que concentrarse sobre el tema del petróleo precisamente y en ese tema el reino arábigo tiene que predominar, no sólo por la importancia dentro de la producción de los carburantes, sino por su emplazamiento geográfico físico central y por su mismo carácter de eje de las zonas de los yacimientos orientales en general.

La reunión de Kuwait consagró totalmente el papel de la acción saudí como *leit motiv* de la acción panarábigo. En aquella reunión fue cuando los

países petrolíferos productores árabes decidieron aumentar en un 10 por 100 su producción de petróleo para la exportación, sobre todo, en beneficio de los países europeos «amigos» y del Japón. Aunque eso no impidió que los citados productores árabes hubiesen figurado pocos días antes entre los firmantes del acuerdo que el total de productores de Oriente Próximo habían tomado para elevar los precios de sus crudos en más de un 100 por 100.

En Kuwait el principal papel fue desempeñado por el ministro de Petróleos de Arabia Saudí, jeque Ahmed Zaki Yamani. Dicho jeque manifestó entonces que las exportaciones a todos los países amigos seguirían de acuerdo con todas sus necesidades, aunque éstas fuesen mayores que en septiembre de 1973, y con la única condición de que el petróleo árabe que recibiesen no fuese posteriormente reexportado hacia otros países favorables a Israel.

El ministro saudita ha sido también quien, juntamente con el de Egipto, presentó, al comenzar marzo del corriente 1974, una propuesta de levantar el embargo de los petróleos árabes con carácter general e incluso de rebajar después los precios de los crudos desde once dólares por barril hasta sólo siete dólares. La propuesta saudita-egipcia había de ser presentada y discutida en una nueva reunión de países productores convocada en Kuwait. Al mismo tiempo, el secretario de Estado de los Estados Unidos daba a conocer extraoficialmente su convicción de que realmente el embargo de los petróleos árabes podría quedar levantado a partir del domingo 10 del mismo marzo.

En todo caso, tanto en el sentido de haber sido factor adelantado del uso de la apodada «arma del petróleo» como en el de tomar al fin la iniciativa de hacerla parar, el Estado saudita ha confirmado el papel de casi protagonista dentro del conjunto de los Estados de la Liga Árabe de El Cairo. Acaso porque desde que en la economía mundial comenzó a ser un factor poderoso el conjunto petrolífero del Próximo Oriente, el reino saudí ha sido el Estado que allí ha tenido mayor soltura de movimientos a pesar de que hubo momentos en que la extracción y la venta de los carburantes saudíes era casi cuestión de «vida o muerte» para todo el desarrollo del país. Desde que en 1933 una primera compañía estadounidense (la Gulf Oil) obtuvo la concesión para perforar los primeros pozos saudíes, después de que Arabia había pasado por la mayor crisis financiera de su historia contemporánea.

Desde 1944 se formó la ARAMCO, constituida en vista de una coordinación de los planes de prospección, extracción y distribución de los carburan-

tes del país saudí por las cuatro sociedades estadounidenses Standard Oil of New Jersey, Standard Oil of California, Texas Oil y Socony Vacum. Mucho tiempo después, los gobernantes de Riad dieron concesiones a otras empresas (entre ellas una japonesa), pero que han tenido resultados más modestos, y la ARAMCO ha seguido controlando casi el 90 por 100 de la producción total. Casi toda, obtenida en la parte litoral del golfo Pérsico o Árabe, donde se encuentra la base industrial norteamericana de Dahrán.

Recientemente Arabia Saudita ha venido figurando en un tercer lugar efectivo entre los grandes productores mundiales, después de los Estados Unidos y de la URSS. También se ha calculado que, por ahora, Arabia Saudita posee el 20 por 100 de las reservas mundiales. En 1973 los ingresos que el Estado saudí percibía de las compañías concesionarias ascendían a 2.088 millones de dólares anuales. Ahora se calcula que a lo largo del corriente 1974 el total de los ingresos petrolíferos podría subir hasta 6.000 millones de dólares, sobre todo en vista de que el acuerdo que fue firmado en octubre de 1972 en Nueva York garantiza que el mutuo concurso entre Washington y Riad no deje de irse fortaleciendo en el terreno económico, sean cuales fueren las incidencias de lo político.

De todo esto, lo más curioso es que el régimen de Riad utilice para el aumento de su influencia sobre otros Estados árabes contiguos o próximos tanto la táctica de acercamiento a Washington como la de ruptura temporal. Uno de los hechos que lo demuestra es el de que ya el año 1972, bajo un programa teórico de «participación global», los gobernantes de Riad habían comenzado a atraer hacia su órbita a los pequeños Estadillos del golfo, como Kuwait, Bahrain, Qatar y los cheijatos unidos.

La decisión de cortar los suministros, para Norteamérica, los países europeos pro-israelíes, etc., que los diez países orientales exportadores tomaron en Kuwait el 17 de octubre de 1973, aumentó de rechazo el valor y la fuerza de presión del factor orientador saudita dentro del conjunto árabe y panárabe. Porque Saudía era casi el único país de aquel conjunto que podría estar seguro de modificar ventajosamente o de suprimir el boicot petrolífero siempre que le conviniese.

La Conferencia «cumbre» de Argel tuvo entre sus pocos resultados tangibles el de un reforzamiento manifiesto de la influencia saudita. Según manifestaron los testimonios directos de varios corresponsales de prensa de

lengua francesa en la capital argelina, el mayor éxito personal de un dirigente (aparte el del presidente argelino Bumedián) fue el del rey Faisal. Su llegada al aeropuerto de Argel fué acogida con entusiasmo, tanto entre el público presente como al ser transmitida por televisión. Luego, los comentarios de los corresponsales extranjeros coincidían en considerar que el monarca saudí había pasado a ocupar, dentro del contexto panarábigo internacional, el papel simbólico y carismático que tiempo atrás había desempeñado desde El Cairo la figura de Gamal Abdel Nasser.

Con este motivo, Faisal fue presentado una vez más como el gobernante árabe «más discreto y secreto». Fue recordado que sin su acuerdo la guerra del petróleo no habría tenido lugar y, en todo caso, no habría sido eficaz. Y sin su concurso (siempre posible y latente) ciertos países, como Siria y también Jordania, no podrían contar con el firme apoyo de una retaguardia geográfica y política muy profunda. No sólo porque el panarabismo de vanguardia que predomina en Damasco y el panarabismo retrospectivo de Amann son sólo variantes del «panarabismo adusto» del Negg saudita. Sino porque en cierto modo los suelos esteparios de Arabia central y septentrional llegan casi hasta el Jordán y son el *hinterland* del arabismo mediterráneo.

Un papel semejante de corazón o de raíz física y sentimental desempeña también Arabia Saudita por el lado Sur, respecto al Yemen, cuyas cordilleras prolongan las montañas sauditas del Assir. Allí el llamado Yemen del Norte, o Yemen a secas (es decir, la república que tiene por capital a Sanaa), viene estando cada vez más vinculada a Arabia Saudita, desde la cual recibe protección político-militar, ayudas técnicas y diversos ingresos de dinero (sobre todo, en la absorción de mano de obra yemenita, que envía luego las ganancias al país de origen). En lo oficial destaca el hecho de que los servicios administrativos de Sanaa se reorganizan por obra de enviados saudíes. En lo laboral se dice que el número de obreros yemenitas que trabajan en la Arabia del rey Faisal asciende nada menos que a 750.000. Esta cifra resulta tanto más notable cuando se recuerda que el número total de habitantes de Arabia Saudita es sólo de 6.870.000.

En el conjunto de los posibles rumbos actuales e inmediatos de la política internacional, Arabia Saudita tiene que atender simultáneamente a tres sectores. Es decir, el mundial (más o menos proyectado sobre Norteamérica, Europa occidental y la ONU), el panarábigo, y por último, uno más borroso en lo tangible, pero muy arraigado en lo dinámico, o sea el del Islam.

Sobre el aspecto mundial es evidente que el Estado saudita desde su creación ha sido uno de los prudentes y moderados del Oriente Cercano, respecto a reclamaciones, campañas polémicas, y anticolonialismos, respecto a las diversas potencias extranjeras. Uno de los motivos que han explicado la cautela pausada ha sido el de que para formarse y consolidarse la nación de la península de Arabia, que el rey Abdulaziz Ibn Saud forjó desde el año 1913 al 1953, necesitaba de todo, porque no poseía casi recursos naturales para la modernización y acondicionamiento. El posterior auge petrolífero que Arabia Saudita ha ido adquiriendo bajo los reyes sucesivos, Saud y Faisal (ambos hijos de Abdulaziz), ha aportado mucho dinero y bastantes recursos técnicos; pero todavía sigue siendo cierto que los productos locales, tanto industriales como agrícolas, son aún raros y escasos. Y en cuanto al desarrollo urbano, de comunicaciones, etc., así como para la construcción y el equipo de los servicios públicos, casi todo tiene que ser importado. Así, las estructuras metálicas, los coches, los electrodomésticos, productos químicos, muebles, tejidos, conservas, etc.

En los primeros momentos gran parte de los equipos fueron proporcionados por los Estados Unidos, pero ahora Arabia Saudita quiere variar todo lo posible el conjunto de sus proveedores y colaboradores. De aquí el interés puesto en ampliar los contactos y los intercambios franceses, alemanes, británicos y japoneses.

El segundo sector de la política internacional saudí es y tiene que ser el del panarabismo. Pero eso no se interpreta en un sentido racial y estricto, sino algo veladamente, porque influyen varios aspectos locales, como el del papel de la numerosa familia saudita, la importancia social del papel de las tribus tradicionales, los usos (exclusivos de aquel país) del sistema religioso-social llamado wahabismo, etc.

Desde un punto de vista teórico y estrictamente humanitario, la acción arábiga externa del rey Faisal se ha venido manifestando, desde junio de 1967, por las cantidades de dinero que Egipto, Siria y Jordania recibieron para compensar las pérdidas y los mayores desgastes de la que fue llamada «guerra de los seis días». El rey Faisal ha sido también uno de los mayores protectores palestineses en calidad de pueblo desplazado, perseguido y humillado. Pero al mismo tiempo, desde el punto de vista dinámico, es muy sabido que el régimen de los gobernantes de Riad recela de todos los movimientos políticos que sean igualitarios y populistas.

Así, por ejemplo, el apoyo al Yemen del Norte tiene entre sus objetivos el de robustecer las tendencias a lo que es llamado respecto a Sanaa «neoburguesismo estático», después de que allí se ha ido perdiendo el sentido revolucionario que en otro tiempo fue apoyado desde El Cairo por Gamal Abdel Nasser. En Riad se recela ahora tanto del «progresismo» de izquierda en el Iraq, como del neo-islamismo arcaizante del coronel Gaddafi en Libia. Y respecto a la cuestión palestina, las tendencias del palacio de Riad están, a veces, más cerca de las soluciones del rey Hussein de Jordania que de las de los grupos guerrilleros «activistas».

Pasando al sector de lo islámico, dentro del conjunto de la política exterior saudita, ha de tenerse en cuenta que actualmente las posiciones del rey Faisal parecen atender conjuntamente a un factor estratégico y otro factor ecuménico.

Lo estratégico se incluye territorialmente dentro de la tendencia geopolítica regional que tiende a supervalorar la zona del golfo Pérsico, como corazón y eje de la mayor confluencia intercontinental natural. En este propósito, el interés saudita tiene muchos puntos de coincidencia con los intereses del Irán, e incluso con los de Turquía y Pakistán. Las otras tres naciones islámicas-arabizadas tienen ya desde hace años el vínculo permanente de la Organización Regional para el Desarrollo (RCD), con sede en Teherán. Esta es la derivación económico-social tripartita de la política militar y económica (CENTO) en la cual los tres países islámicos de la RCD se asocian con la Gran Bretaña.

Arabia Saudita mira hacia el golfo como un sector de seguridad propia, y a la protección de ese lado parecen tender las principales medidas para mejorar la preparación de sus fuerzas armadas. Los gastos de la defensa saudita han pasado a ocupar un primer lugar en los presupuestos, en una proporción del 35 por 100. Francia y Estados Unidos vienen siendo los principales proveedores de armamento; pero además se ha firmado un acuerdo de asistencia militar con Gran Bretaña.

Moralmente, el régimen saudita no sólo confía en la defensa de los cañones, sino en que dentro del reino de Faisal estén las ciudades sacras del Islam universal, o sea, La Meca y Medinat-En Nabi. Todos los musulmanes de la tierra (generalmente calculados en casi 466 millones de personas) tienen un interés personal en que la zona de las peregrinaciones en el Hiyazz permanezca a salvo de toda invasión o de todo ataque.

En el Congreso Islámico Universal, que se celebró en la pakistana ciudad de Lahore, la participación de Arabia Saudita presentó un interés muy especial, tanto respecto al Congreso mismo, como al significado de las orientaciones del rey Faisal.

En lo concreto particular del Congreso «cumbre» de febrero se comenzó por atender al punto inicial de su significado, que consistía en haberse convocado y efectuado como continuación y complemento de la otra cumbre de Estados islámicos que se reunió en Rabat en septiembre de 1969. A Rabat asistieron representaciones de veinticinco Estados musulmanes o con mayorías musulmanas, con delegaciones que llevaban a su cabeza jefes de Estado, jefes de Gobierno, presidentes de Parlamento o ministros del Exterior. A Lahore fueron representaciones de treinta y ocho Estados, con el mismo carácter que a la anterior reunión de 1969; pero aquella fue sólo un ensayo para probar si se podía congregar una Conferencia islámica mundial que tuviese un carácter multinacional «civil». Es decir, no estrictamente jurídico-religioso, como había acontecido con veintiún congresos de teólogos que tuvieron lugar entre 1924 y 1970.

La reunión de Lahore, en el año corriente, sirvió para comprobar la buena concepción de la experimental de Rabat, y en ese sentido ha podido ser considerada como positiva, a pesar de que al final no se tomaron en Lahore decisiones espectaculares ni amenazadoras para nadie. En realidad, el movimiento político de los Estados islámicos no sólo ha tomado mayor amplitud, sino que se ha institucionalizado y ha mostrado sus posibilidades de masa de equilibrio dentro de lo total de sus Estados y sus pueblos.

Para Arabia Saudita un buen resultado de Lahore ha sido la confirmación y el gran reforzamiento del organismo que la «cumbre» de Rabat había decidido establecer en la ciudad saudí de Yedda, como oficina de enlace permanente que prepare los sucesivos congresos. Dicha oficina de Yedda organizó una reunión de trabajo en marzo de 1970. Ahora se ha ampliado su competencia en un sentido económico-social, pues en Yedda se instalará un comité de cooperación económico permanente entre países musulmanes, y también en Yedda tendrá su sede un Banco Islámico de Desarrollo, con un capital inicial de mil millones de dólares. Todo este sector de las cooperaciones económicas islámicas será articulado por una representación de ocho Estados, que son: Arabia Saudita, Kuwait, Egipto, Libia, Argelia, Pakistán y el Senegal.

El factor económico en la política islámica externa del rey Faisal se refiere a su coincidencia de intereses y de puntos de vista espirituales con las distintas confesiones e Iglesias cristianas, en cuestiones tan fundamentales como la actuación para que la ciudad de Jerusalén recobre su carácter de respeto sacro y de neutralización, que han sido vulnerados por los gobernantes de Israel, desconociendo y violando las anteriores disposiciones de las Naciones Unidas.

En noviembre de 1973 se hizo saber públicamente (por medio de servicios informativos en Beirut) que el soberano de Arabia se mostraba deseoso de enviar al Vaticano una misión de alto nivel, para tratar de fijar una acción común en pro del carácter de Jerusalén como punto de veneración, respeto y preservación para cristianos y musulmanes. También para que Jerusalén vea reconocido su carácter árabe respecto a la confluencia de una población autóctona árabe fiel al Evangelio con otra población árabe autóctona fiel al Corán.

En cuanto a la cumbre de Lahore (a la cual asistieron observadores de las Iglesias cristianas de Egipto y Líbano), en la lista de las resoluciones finales los puntos principales fueron pro-Jerusalén. Siguiendo en lo esencial las líneas sugeridas por el monarca de Arabia Saudita y guardián oficial de La Meca y Medina.

Es de notar que Faisal rechazó una propuesta que poco antes de la reunión de Lahore habían presentado otros jefes de Estado, para que fuese proclamado «príncipe de la fe»; es decir, un título que en otros siglos ostentaron los sultanes turcos de Estambul, en un sentido de «adelantado de la espiritualidad musulmana». Faisal ha declinado ostentar tal título movido por la especial austeridad que distingue al rito canónico usado en Arabia central, o sea, el llamado «Hambalita» o «Jambalí».

Faisal prefiere ir aflojando la armazón que venía distinguiendo al Estado saudita, a base de un autoritarismo muy concentrado. Ahora se van constituyendo unas nuevas capas sociales, entre las cuales predominan la de los «notables» de la técnica moderna, tanto en los aspectos culturales como en los económicos. El Gobierno y la Administración pública siguen fuertemente centrados en torno al palacio y a la dinastía; pero la burocracia ha sido planificada, se han introducido diversas medidas sociales para elevar el nivel de vida y se cuida la formación laboral. Además, en la política local, el Consejo de Ministros en Riad ejerce sus funciones provinciales utilizando ciertos Consejos Locales que tienen en cuenta la opinión de los represen-

RODOLFO GIL BENUMEYA

tantes de las grandes tribus consuetudinarias. Entre las mismas tribus se recluta una «Guardia nacional», que en varios aspectos completa a las fuerzas regulares del «Ejército real».

En resumen, desde varios puntos de vista, el reino saudí de Arabia representa en estos momentos uno de los sectores de mayor solidez entre los países del Oriente arábigo y del Islam mundial. Tanto por sus influencias de eje en la economía general como por su empeño de asegurar un equilibrio total ante las diversas presiones exteriores.

RODOLFO GIL BENUMEYA